DE BUENAS LETRAS

JOSÉ ANTONIO CORDÓN De la Academia de Buenas Letras de Granada

La edad secreta

Cuando Benito Jerónimo Feijoo se niega a abandonar la quietud de Oviedo para trasladarse a Madrid, invoca una sentencia de Horacio en su carta sobre el retiro: «Scriptorum chorus omnis amat nemus et fugit urbes». La revelación más interesante de esa carta llega después, con el epitafio que Similis ordenó grabar sobre su tumba: «Similis hic iacet, cuius aetas quidem multorum annorum fuit, septem tamen dumtaxat annis vixit» –Aquí yace Similis, vivió muchos años, pero solo siete fueron verdadera vida–.

La inscripción parece escrita desde la orilla última de la existencia, cuando los años se desprenden de sus fechas y revelan su verdadero peso. Haber durado y haber vivido son experiencias distintas. El calendario acumula inviernos, aniversarios, abandonos y reencuentros; la memoria conserva apenas unos pocos fulgores: una tarde cuya luz continúa ardiendo, una voz que regresa cuando ya nadie puede pronunciarla, el rostro de alguien a quien la muerte volvió inolvidable. Hay décadas que pasan sin llegar a sucedernos y minutos en los que una vida entera parece abrirse y cerrarse.

Cada hombre lleva consigo esa segunda edad, secreta e inconmensurable. Sin embargo, el escritor la habita con particular desvelo, porque su oficio comienza allí donde el tiempo deja una herida. Mucho antes de escribir la primera palabra, ha empezado a reunir, sin saberlo, aquello que un día solicitará una forma: la habitación entrevista durante la infancia, una frase escuchada detrás de una puerta, el gesto que entonces carecía de significado y que los años convertirán en presagio. La obra nace en esa oscura fidelidad hacia cuanto desaparece.

También los años de silencio pertenecen a la escritura. Bajo su apariencia desierta, algo continúa trabajando: los recuerdos mudan de rostro, ciertas imágenes se hunden y otras vuelven cargadas de una gravedad desconocida. El escritor cree haberse apartado de la obra, aunque acaso sea la obra la que se ha retirado para crecer en una región inaccesible. Allí selecciona, borra, confunde las voces, aproxima épocas distantes y aguarda su hora, como esas aguas subterráneas que atraviesan durante siglos la oscuridad antes de encontrar una grieta por la que ascender.

Una obra, un poema, posee fechas: el día de su comienzo, las noches de su corrección, la mañana en que abandonó las manos del autor. Su tiempo verdadero, sin embargo, permanece fuera de toda cronología. La edad secreta del escritor se compone de los instantes que se negaron a terminar. Su medida carece de equivalencia con los años vividos o los libros publicados. Quizá, al final, cada escritor pudiera hacer suyo el epitafio de Similis: envejeció durante mucho tiempo, escribió durante algunos años, pero vivió verdaderamente en aquellas horas en que logró que algo destinado a desaparecer permaneciera despierto entre las palabras.